

Belisario Betancur

POEMAS

DEL CAMINANTE.



Primera Parte

RECUERDO DE LA LUZ.



CATARATA DE PIEDRA.

*Para Teddy Kollek,
alcalde de Jerusalén.*

Todo era piedra
(Chagall miraba desde el sol,
desde la luz miraba, aire inflamado).

Aquel día fue creada además el alma de la piedra,
antes del muro, antes del salmo,
antes del templo y de la tarde.

Piedras brotaban como si fueran
manantiales de dura luz sonora:
subían y descendían las escaleras
hacia el mar, el incienso y la plegaria.

Todo era piedra y luz.
(Sangraba el corazón, el de la piedra
sangraba y el del árbol sollozaba).
Volaba el aire hacia la arena en sueño
sin el consentimiento de la brisa
sometido a los cielos bizantinos,
piedra a gota el Cedrón retrocediendo
hacia la ciudadela y la muralla
como una catarata disecada.

Le mordía la luz el labio al aire
como de amor se muerde una manzana,
mientras Chagall pintaba a borbotones
de color los caminos calcinados.

Te hablo desde el lugar más amoroso



del corazón,
Jerusalén donde la roca canta,
árbol sembrado entre dureza y fruta
allí esperando
que la guerra y la paz, que las canciones
estremezcan la luz entre las ramas.

Quiero que guardes bien guardadas
estas palabras de esmeralda y selva
y que las guardes donde no las quemem
la zarra ardiendo en mitad del camino,
ni Rodin caminando (sin su sexo, ni sus ojos,
ni el llanto, ni el desierto),
hacia un nuevo sendero, paz y frutas
y flores a lo largo de la tierra.

Sembrada estás entre la piedra fértil,
Jerusalén, sembrada entre la luz
que ha regado Chagall por los rincones.
(Cada palabra sabe enternecida,
Jerusalén, cada palabra,
la que dijeron millones de hombres de apretados dientes
y que repiten en el Monte Scopus
las muchachas
mordiendo una naranja, mientras silba
el viento galopante desde Eilat).

Te quedarás, eco del tiempo,
Jerusalén,
te quedarás. Te quedarás.

Jerusalén julio 20 de 1973.

MEMORIA DE LA LUZ



Para Pedro Botero, allá en las nubes.

Preámbulo.

El recuerdo que tengo de la luz
se refiere a una casa de geranios
en el patio, allá todos trabajábamos.
Una montaña, una campana, el río,
y la luz frecuentando el vecindario.
También me acuerdo de la luz de Safo,
ella y yo Grecia a tramos recorriendo,
las canciones, los dioses, el sirtaki
y aceitunas de tersa piel en Nauplia.
Sé además del arroz matriculado
buscando el agua, con el sol a cuestras
sediento entre amapolas en Camboya.
O bien del sol y el viento en Botticelli
despeinando la tez, la cabellera.

Pero antes de Chagall la luz andaba
a tientas por el mundo, se prendía
de todas las muchachas, dibujaba
su estatura en los puertos, en las rías.
No se sabía donde madrugaba,
si en Mykonos, dormía en Epidaurus
pero al siguiente día se perdía.
Unas veces viajaba navegando
cada nube desde Hydra a la Guajira,
a lomo de piragua itineraba
su verdura azulada, su armadura.

(Carranza dice con su voz de palma
que a él de niño el sol lo perseguía.



Aurelio Arturo que vió el sol del sur
en Almaguer arar las chirimoyas).

1. Un golpe de repente.

He vuelto a verla ahora, he vuelto a verla.
la he encontrado en el patio, los manteles
(el rojo pimentón surca la tela
y la miel de durazno moja el rostro)
en casa de Cecilia y de Fernando,
recién llegada sin saber si en cuanto
se alejen ellos dormirá enlutada,
apenas despertando, o si al contrario
se quedará la luz acompañando
a Pedro. El sauce llora.
Su cuerpo iluminado y esparcido
en los ojos de todos, en los ojos.

(Déjate encadenar, el sueño entonces
sumerge entre sus brazos horadantes
el suspiro, copiosa luz solloza
mientras sale de aquí, mientras regresa
un golpe seco que devuelve el aire
y puebla de silencio y habitantes
heridos, la comarca de alaridos,
arrancando la espina, la memoria).

2. Sueño y permanencia.

Para Fernando y para que Cecilia:
este es el grito que rompió la mano
multiplicado por la sangre, el hierro.
Este es el tallo que quebraron juntos
Los gallos y la lágrima en el alba.

Podrán ahora desgajar curubas



rotas, eneldo, nísperos, el trigo,
la verdura anterior, los sietecuecos,
los líquenes, las rosas que nombran,
resecar estas rosas corporales,
toda la infancia en coágulos de pie
y la luz pasajera y caminera.

Durmiendo está la luz y coronada
en la frente de Pedro, pareciera
su propia habitación (Pedro soñando)
el verde tramo de cebada fresca,
devuelta la raíz hacia la altura,
el reloj detenido, en la cisterna
todo el aullido oliendo a mejorana,
magnolias caminando, el epitafio
de aroma verde y fértil consistencia.

Tal es mi historia de la luz. La he visto
pintar de trigo toda la comarca,
doblando ya hacia el río, cerca a Tabio,
los perros, la amistad, ladrando el aire,
dibujante del sol la verdolaga,
hasta hallar alimento y residencia
para otra vez buscar los lienzos.

Otro día he de hablarles,... otro día...

(1974).



Segunda Parte

CORAZON ABIERTO.



CANCION DE OLVIDO

Para Roberto García Peña.

*....el forajido corazón....
De Greiff.*

Ayer tocaron a la puerta
cerrada del corazón. Ayer tocaron.
Nadie salió a abrir
¿Sería tu voz? Sería mi voz?
¿De quién será ese corazón
enfermo, fatigado de vivir?
De alguien será. No lo sé decir.
En vez de hablar, al viento
Se le oye en noches gemir.
Nadie llama ya a la puerta
abierta del corazón
pregúntemelo a mí.

Madrid, 1975



HOMENAJE A VERLAINE.

Para medir trayectos anda el viento
entre los árboles, aromas viajan;
para aprender distancias, por ejemplo
ir de mi cuerpo al tuyo, de ola a ola,
sería preciso desplomarse adentro,
puentes tender (por sobre el cataclismo)
que hemos ya destruído, levantarlos.

Otra vez entre esquivas entrevistas,
hacia afuera expulsar el humo que antes,
el corazón domar, la peripecia,
hacer caber el cuenco de la mano
en el seno, romper lo que antes fueras,
revisar las palabras y los gestos,
todo el terror, el gris quemarlo y verlo
como oro ardiendo, como si erupciones
de ceniza abolida, el sexo mismo,
ardiendo el bosque, Giacometti funde;
la seda derogar, vestirse el aire,
lo mismo que furtivas transparencias
sobre el cuerpo, los ojos desprendidos
de tanto ver, de irse tan profundo;
exprimir los sentidos, desatarlos,
la mirada perdida, el presupuesto
de ternura, si no eres te extravías
de sol a sol, cicatrizando, herido.
Se vuelve trizas en mi alma tu alma.

Pero no te retengo, la ceniza
circunda el terrorismo y enloqueces,
sin duda que enloquezco, te lo digo
(verlainiano el otoño se detiene).
¡Déjame estar siquiera en la distancia!
¡Déjame estar a orillas de tu abismo!
1978.





EL CAMINANTE.

Otros dirán por mí quien quise ser,
yo solo sé decir que no lo fui
Pero quiero explicarte, quise ser
el que entraba y salía de las horas
casi siempre de paso, el que cruzaba
del éxtasis al vértigo y aquel
que lo apuraba todo con delirio.
El mismo que exprimía la vendimia,
el jubiloso, en fin, agonizante
cada vez que el terror sobrecogía
un respiro, una flor, un elemento.
Otros dirán por mí. Nunca lo supe.

1979



EL VIENTO ENEMIGO.

Todo estaba previsto, el vuelo, el hotel y la nieve,
aquel día de diciembre todos lo sabían,
excepto, es claro, yo. Total,
para mí el asombro,
el viento una navaja que corta nieve al canto,
los guantes, la boina roja rumbo
a otro viaje, lo mismo que las botas vacías.
El asombro era solo mío.

Pero estas situaciones aclaran el camino:
todo lo que sucede está dispuesto,
cae la nieve,
agua hirviendo de todas las bocas
que ajan el vidrio, gotean las ojeras
viejas palabras para que las oigas como nuevas.
Ni tú te perteneces.

Doy vuelta a los zapatos a la nieve.
Cruje bajo mis pies viento enemigo
y al dar de nuevo cara al claustro gótico,
imágenes que estaban soslayadas
(el único que lo ignoraba era el viajero)
el habla es hielo, solo fuego el respiro
que me acerca a la muerte, su
contemplación, solo su lento
caminar y el viajero no sale del encanto
como si lo inesperado lo esperara.

New York, diciembre 14 de 1979



CONFESION.

Trataré de decírtelo sin que
ni interludios, la voz que ya conoces
haya de hacer entrecortada toda
palabra que te busque, te susurre.

Lo advierto porque siempre que te llamo
habitándote estoy en torno tuyo,
sumergido en tus jugos litorales,
uno en otro inundados, germinando,
desde lo hondo ascendiendo,
raiz arriba, en savia, en ansia
mientras huyes de mi, mientras huímos
termino por saber que no lo he hecho.

1979.



EL ABOLIDO.

Desde la entraña de su ser buscaba
una distancia que le huía siempre;
pensaba a veces que iba acortando
el trayecto que tanto los separa.
Desandando caminos los hundía.
Vivía huyendo de sí, vivía escapando
(decían absortos: de dónde ha salido
que el amor día a día va creciendo,
si vamos acercándonos a trancos
a plenitudes arduas que lo ignoran).

(Sentían arder dentro de sí ceniza
de otros volcanes apagados, era
crujir caminos, quebrarse distancias
como si secos tallos vertebrales).

Se salió con la suya y fue vivir
como quien siente que le crecen hierros
en las manos, no importa qué supone
su andar, su desandar, las cataratas,
anochece cuando despunta el alba
y oír la voz que te reclama cuándo.



EL DARDO.

Estoy ebrio de tí, de tí inundado,
ebrio de tí, sudando a borbotones
miel y sangre, salivas, decepciones.
Estoy ebrio de tí de lado a lado.

Ebrio de tí me inclino a tu costado.
De exploraciones voy sin un respiro.
Me baño en tu sudor. Tu piel aspiro.
Tarde llego a tu herida y fatigado.

De tu herida también yo quedo herido,
sin poder disfrutar lo que he ganado,
de tanto amar de amor destituído.

Como el dardo sin blanco disparado
devuelve al arco el vuelo recorrido,
ebrio de tí me duermo a tu costado.

1994.



Tercera Parte

LAS LLAMAS DEL INVIERNO.



LAS LLAMAS DEL INVIERNO.

Hasta el Central Park salen las voces
ateridas de Caravaggio y de Fra Angélico.
Después de las trepidaciones y los vértigos
los ecos se anticipan al encuentro
como si fueran las repeticiones
de un carnet esculpido de proverbios.
Ahora soy otro tan distinto que
no sé por dónde comenzar,
si por las ramas rotas o por las guerras
o por la anunciación o por los vuelos.

Las travesías y navegaciones
de resplandor y de conocimiento
eran la sed, eran el agua
para entrar con plenitudes al museo.
Estaban esperando en las paredes
el color, las maderas y los lienzos.
Es lo que he recobrado en el recuerdo
de lo que viera ayer y hoy apenas retengo.
Me faltan ojos para los destellos.
El tiempo es un relámpago
como la espátula que peina los lienzos.
Guardo las voces como evocaciones
que entran y salen sin cesar y el Central
Park multiplica con recogimiento.
Salgo de viaje sin pensar a donde
y sin saber la edad, ni en qué milenio.

Caen ateridas las llamas del invierno.
Cruzando el Central Park pierdo el recuerdo.
Voy a escapar porque ya no hay regreso.
Todo lo tengo, todo, menos el tiempo.

New York, diciembre de 1992





CAMINANDO A SUTTON PLACE

Desde cielos escuetos y silencios
llega la nieve hasta Manhattan, mientras
el viento del oeste sopla en mi corazón.
Duermen los sueños entre las huellas pensativas
que avanzan lentas y calladas hacia Sutton Place
donde esperan llorando las cadencias.
Allí he de hallar lo que soñara ayer.
Nunca antes ví caer los copos desmayados
cual largas alas congeladas sin vuelo,
mientras llama el coñac desde las copas
en la penumbra de "Bar and Books"
y en las estanterías ebrias suenan ecos
de Sandburg y de Shakespeare cerca de Sutton Place.
Un concierto de amantes llega en grumos
desleídos de tanto haberse amado.
Las calles son ecos exangües de multitudes
como anchas manos extendidas sin pulso,
sin sus dedos los guantes, sin abrazo los brazos.
Oigo la voz del agua y en la blancura siento
apenas Clapton sollozando, la guitarra y el llanto
en la oquedad del viento de Sutton Place.
El aire sueña. Yo soy entonces la ciudad
como el pecho dormido de la nieve
detrás del ventanal. Cumplo la cita
en la esquina del este cerca al puente,
hablando con sigilo al turbio Hudson
en las paredes mudas de Sutton Place.

New York, marzo 12 de 1993.



EL PUENTE DE LA 42.

Joe Watson duerme sobre sus libros
al amanecer
bajo el puente de la 42. Hay un estrépito
de voces y tambores como ecos de batallas.
Joe Watson va entregando sus sueños
como un trébol devuelto del otoño
entre páginas amarillas de Whitman.
La piel de Joe se arruga con el sol
como mi corazón con la estación,
debajo del puente donde sueña sus libros Joe Watson.
De la mano de Faulkner se pasea
por el Mississippi con sus muertos
y un cortejo nupcial de golondrinas.

Nunca habla Joe Watson. Su dolor
lo agita el viento del oeste.
Joe Watson me extiende
con manos anteriores rugosas,
un texto añoso de Mark Twain.

Se caen los ojos de los iconos
en la iglesia griega de la 47.
Joe Watson me mira
debajo del puente de la Primera Avenida con la 42,
como un grito ajado de Maya Angelow.
Se me mueren los pies
con el jazz de Marietta.
Joe Watson me brinda
los gemidos de Harlem.

Debajo del puente de la 42
sueña sus viejos libros Joe Watson.
El sol es un reloj apagado.
Así pasan las páginas antiguas



y las revelaciones
de Joe Watson bajo el puente de la 42.

New York, enero 22 de 1993.



ERRABUNDIA.

Te buscaba en un sueño inexistente,
en el espejo de las evocaciones.
Ni siquiera vivías en el recuerdo,
el vecino del lado del olvido.
Amanecía llamándote a tu casa
antes de que la hubieras construido.
Ya habías partido sin haber llegado.
O te habías muerto sin haber nacido.

New York, marzo 5 de 1993.



EXTRAVÍO EN ARGOS.

Al fin y al cabo todo es muerte
menos la muerte.

Morimos hacia adentro
según que ardan las brasas y la luna
o vamos desplomándonos
bloque a bloque cayendo
como río que lava el lodo
y echa a rodar el alma:
otra vez sin saberse cuándo, donde,
como avalancha ardiendo
piedras germinando.

Al fin y al cabo todo es muerte
menos la muerte.

El mirto llora un llanto verde
y el olivar aceite y grito
las mujeres del Argos con las manos
abiertas a la luna de Epidaurus.
Y yo me voy huyendo, devorando
las aceitunas del Peloponeso.

Pero conviene precisar.
No es lo mismo
el corazón a la intemperie
aunque no sea en Nauplia ni navegando.
No es lo mismo salirse con la suya
y mostrarles a todos
una muerte sin sueño ni armadura.
Todo el verdor, los médicos,
Esculapio mismo que te arrulla



una muerte supérstite sin ganas,
callado desde Tebas,
con pieles de duraznos, pisando el territorio,
no es lo mismo
que irse echando a morir gota a gota
perdido en uno mismo, sonámbulo y a tientas,
velado el corazón en Epidaurus.
No es lo mismo.

Atenas, junio 30 de 1966.



CONFIDENCIAS

Ya siento arder el corazón
como un volcán que sangra lava.
El Etna, todo el ser en erupción:
el volcán una rosa disecada.
El mar espejo en combustión
de tu lava sangrando, de tu lava.
(Recuerda el vino y la canción.
Jamás la oirás de nuevo. Está encanciada).
No volverás a tener corazón.
Se hizo ceniza al son de esa canción.

Taormina, Sicilia, julio 4 de 1966



LA TAVERNA LIKRAS.

En el teatro de Dora Stratou
alguien me llama por mi nombre ausente.
Es el vino que sube de la sed
entre los vasos del verano y canta.
Contra las piedras yertas se rompían
los ecos de los yelmos fatigados.
Christas y Saros un vaso y otro vaso
de resina y pallinos. Maldecía
el oleaje rugiente del Sarónico.
La taverna tenía los ojos huecos
de las batallas de los héroes idos.
¿Quién puede detenerse cuando el eco
recobra el himno de los combatientes?
Entre las clámides de las vestales
alguien dice mi nombre sin memoria.

Atenas, junio 14 de 1982.



Cuarta Parte

EXTASIS EN INDIA.



CÍRCULO.

La noria del amor.
El mismo te amo,
sin horas ni dolor.
Y sin reclamo.

Nueva Delhi, enero 26 del 2000



SÁNDALO.

*...el olor de India...
Pier Paolo Pasolini*

Se desvanece el aire.
Caminan los olores peregrinos
esparciendo la estrella.
India es olor. La podredumbre
es sepultada hondo por el sándalo.
Ganisha ríe olores desleídos.
Ya no podré vivir sin recordarlos,
como Pasolini cuando los oyó.
¡Cuánta ternura hay en aquel olor!

Jodpur, enero 22 del 2000



LLUVIA.

*.... pero no me quites tu risa...
Neruda*

Solo eres tú sin tiempo ni medida.
No hay antes ni después, solo tú eres.
Cuento en los dedos de mis manos
los muchos años idos sin mirarte.
Y tú ya eras. Y yo sin conocerte.
Solo eres tú, tu risa como lluvia,
su gotear con ritmo y permanencia.

Jodpur, enero 22 del 2000.



MARÍA EN KHANJURAHÓ.

Las miradas se quedan, te penetran.
Recogen alas, vuelos y regresan
para quedarse. Igual la piedra
que han tejido las lluvias y los días.
Mi hija busca a Ganisha y yo lo amo,
talvez por mediador y tejedor.
No existe el tiempo. Los relojes
cuentan relámpagos desde siempre.
Hay un temblor: el dios lo sabe.
Ni un solo pensamiento. Es el saberlo
y comprenderlo todo. Con María
el andar es el mismo. Por la noria
nos perdemos sin tiempo y sin fatiga.

Khanjuraho, enero 21 del 2000



INCIENSO GÓTICO.

*....el vuelo mítico de las apsaras...
(en "El sueño de las escalinatas").
Jorge Zalamea*

Todo es escalinata.
Siempre ascendemos
sobre la piedra reluciente
y sobre el mármol suave y el incienso.
Todo es escalinata.
De pronto sientes
que te derrumbas, te desplomas, sientes
que dejas la estación sin estar yendo
a otro lugar sino en tí mismo.
Pero no has descendido.
Todo es escalinata.
Estás ardiendo.

Benares, enero 20 del 2000



EL VIAJE.

Old Delhi! Old Delhi! Old Delhi!
Cuchilladas de esencias, laberintos
del ashram. Es el éxtasis
que andabas por el mundo persiguiendo.
Se me sale del cuerpo el corazón.
Old Delhi! Old Delhi! Old Delhi!
Al fin he de encontrar lo que buscaba,
el pétalo sin huella de la flor.
El presagio es ya la certidumbre
de que vas a partir. Retiene el tiempo
si quieres respirar viento y aromas,
allí la esencia de tí mismo encuentras.
Hay que tener cuidado. Pasolini
retenía el olor de India y alta
era la noche de sus amoríos.
Vuela mi pensamiento derretido
entre el incienso dios a dios,
como una plegaria florecida.
Yo soy siempre pero Devi y mi hija
me recuerdan el olor matutino
en el templo pétreo del dios.
Old Delhi! Old Delhi! Old Delhi!
Contigo he de quedarme. Sin tí es mi perdición.

Delhi, enero 18 del 2000



DOMINGO EN EL DEFENCE COLONY.

Media Devi es india. La otra media es inglesa.
La Devi india medita. La Devi inglesa piensa.
Yo estoy con la Devi que piensa.
Murg handi y murg halfrezi. Café sin azúcar.
En el Defence Colony, Devi de grandes ojos ríe
como el veg raitá en el paladar.
Mitad india una gota de rouge en su frente,
el bindi de llanto en mi corazón.
María ríe con Devi mitad india.
La risa estalla como una explosión.
La Devi india es más bella que Londres
y es la mitad de su país. Es el sol.

Delhi, 21 de enero del 2000



EPILOGO.

Solo el amor.

Aquí en el bar de Peter O'Donell
todos me conocen como un buen cristiano
y como un buen bebedor.
Me llamo Tony Bloom,
atildado y riguroso, siempre whisky doble
que sea en las rocas hirvientes
según le gustaba a Joyce.
Y solo tomo Jameson,
irlandés por más razón.
Todos me admiran por frágil y ceremonioso
como las pompas de jabón.
Espérame en el Morro de la Paila con el duende
Xenufaná y Misiá Rosario
que me enseñó a escribir y a ser lector.
Peter, otro doble en las rocas
y en la mar el tiburón.
Amo a Dublín y su cielo de plomo
lleno de nubes como yo.
Amo a Dublín en el número 7 de Blow Street
donde destilan aquel whisky
desde 1780 los hijos de John Jameson
como le gustaba a Joyce.
Soy un viejo combatiente
que busca la liberación.
Se me olvidaron mis años
porque cada año me voy.
Con el Dante quiero hablar
en algún bar de Florencia
donde me olvidé de Dios,
para protestar con rabia
al Alighieri la condenación
de Paolo y de Francesca



que amaron solo el amor .
Otro doble, Peter, y que sea Jameson,
que sea en las rocas hirvientes
como le gustaba a Joyce.
Otro doble. Tengo prisa.
Termina mi peregrinación.

Bogotá, noviembre 1999



EL VIAJE.

No sé si en otro lugar he hablado del tren del que fui conductor. De todas maneras, es tan interesante este aspecto de mi vida, que me propongo referir ahora cuáles eran algunas de mis obligaciones en ese oficio y de qué manera las cumplía.

El tren en cuestión salía del páramo el 20 de febrero de cada año y llegaba al lugar de su destino, una pequeña estación de veraneo situada en tierra caliente, entre el 8 y el 12 de noviembre. El recorrido total del tren era de 122 kilómetros, la mayor parte de los cuales invertía descendiendo por entre brumosas montañas sembradas íntegramente de eucaliptos. (Siempre me ha extrañado que no se construyan violines con la madera de ese perfumado árbol de tan hermosa presencia. Quince años permanecí como conductor del tren y cada vez me sorprendía deliciosamente la riquísima gama de sonidos que despertaba la pequeña locomotora de color rosado, al cruzar los bosques de eucaliptos).

Cuando llegábamos a la tierra templada y comenzaban a aparecer las primeras matas de plátano y los primeros cafetales, el tren aceleraba su marcha y cruzábamos veloces los vastos potreros donde pacían hermosas reses de largos cuernos. El perfume del pasto "yraguá" nos perseguía entonces hasta llegar al lugarejo donde terminaba la carrilera.

Constaba el tren de cuatro vagones y un furgó, pintados todos de color amarillo canario. No había diferencia alguna de clases entre un vagón y otro, pero cada uno era invariablemente ocupado por determinadas gentes. En el primero iban los ancianos y los ciegos ; en el segundo los gitanos, los jóvenes de dudosas costumbres y, de vez en cuando, una viuda de furiosa y postrera adolescencia ; en el tercero viajaban los matrimonios burgueses, los sacerdotes y los tratantes de caballos ; el cuarto y último había sido escogido por las parejas de enamorados, ya fueran recién casados o se tratara de alocados muchachos que habían huído de sus hogares. Ya para terminar el viaje, comenzaban a oírse en este último coche los tiernos lloriqueos de más de una criatura y, por la noche, acompañadas por el traqueteo adormecedor



de los rieles, las madres arrullaban a sus pequeños mientras los jóvenes padres salían a la plataforma para fumar un cigarrillo y comentar las excelencias de sus respectivas compañeras.

La música del cuarto vagón se confunde en mi recuerdo con el ardiente clima de una tierra sembrada de jugosas guanábanas, en donde hermosas mujeres de mirada fija y lento paso escanciaban el guarapo en las noches de fiesta.

Con frecuencia actuaba el sepulturero. Ya fuera un anciano fallecido en forma repentina o se tratara de un celoso joven del segundo vagón envenenado por sus compañeros, una vez sepultado el cadáver permanecíamos allí tres días vigilando el túmulo y orando ante la imagen de Cristóbal Colón, Santo Patrono del tren.

Cuando estallaba un violento drama de celos entre los viajeros del segundo coche o entre los enamorados del cuarto, ordenaba detener el tren y dirimía la disputa. Los amantes reconciliados, o separados para siempre, sufrían los amargos y duros reproches de todos los demás viajeros. No es cualquier cosa permanecer en medio de un páramo helado o de una ardiente llanura donde el sol reverbera hasta agotar los ojos, oyendo las peores indecencias, enterándose de las más vulgares intimidades y descubriendo, como en un espejo de dos caras, tragedias que en nosotros transcurrieron soterradas y silenciosas, denunciando apenas su paso con un temblor en las rodillas o una fértil ternura en el pecho.

Los viajes nunca fueron anunciados previamente. Quienes conocían la existencia del tren, se pasaban a vivir a los coches uno o dos meses antes de partir, de tal manera que, a finales de febrero se completaba el pasaje con alguna ruborosa pareja que llegaba azezante o con un gitano de ojos de escupitajo y voz pastosa.

En ocasiones sufríamos ya en camino, demoras hasta de varias semanas debido a la caída de un viaducto. Días y noches nos atontaba la voz del torrente, en donde se bañaban los viajeros más arriesgados. Una vez reconstruido el paso, continuaba el viaje. Todos dejábamos un ángel feliz de nuestra memoria rondando por la fecunda cascada, cuyo ruido permanecía



intacto y, de repente, pasados los años, nos despertaba sobresaltados, en medio de la noche.

Cierto día me enamoré perdidamente de una hermosa muchacha que había quedado viuda durante el viaje. Llegado que hubo el tren a la estación terminal del trayecto me fugué con ella. Después de un penoso viaje nos establecimos a orillas del Gran Río, en donde ejercí por muchos años el oficio de colector de impuestos sobre la pesca del pez púrpura que abunda en esas aguas.

Respecto al tren, supe que había sido abandonado definitivamente y que servía a los ardientes propósitos de los veraneantes. Una tupida maraña de enredaderas y bejucos invade ahora completamente los vagones y los azulejos han fabricado su nido en la locomotora y el furgón.

LOS ELEMENTOS DEL DESASTRE.



1

Una pieza de hotel ocupada por distracción o prisa, cuán pronto nos revela sus proféticos tesoros. El arrogante granadero, "bersagliere" funambulesco, el rey muerto por los terroristas, cuyo cadáver despernacado en el coche, se mancha precipitadamente de sangre, el desnudo tentador de senos argivos y caderas 1.900, la libreta de apuntes y los dibujos obscenos que olvidara un agente viajero. Una pieza de hotel en tierras de calor y vegetales de tierno tronco y hojas de plateada pelusa, esconde su cosecha siempre renovada tras el pálido orín de las ventanas.

2

No espera a que estemos completamente despiertos. Entre el ruido de dos camiones que cruzan veloces el pueblo, pasada la medianoche, fluye la música lejana de una humilde vitrola que lenta e insistente nos lleva hasta los años de imprevistos sudores y agrio aliento, al tiempo de los baños de todo el día en el río tormentoso y helado que corre entre el alto muro de los montes. De repente calla la música para dejar únicamente el bordoneo de un grueso y tibio insecto que se debate en su ronca agonía, hasta cuando el alba lo derriba de un golpe traicionero.

3

Nada ofrece de particular su cuerpo. Ni siquiera la esperanza de una vaga armonía que nos sorprenda cuando llegue la hora de desnudarse. En su cara, su semblante de anchos pómulos, grandes ojos oscuros y acuosos, la boca enorme brotada como la carne de un fruto en descomposición, su melancólico y torpe lenguaje, su frente estrecha limitada por la pelambre salvaje que se desparrama como maldición de soldado. Nada más que su rostro advertido de pronto desde el tren que viaja entre dos estaciones anónimas; cuando bajaba hacia el cafetal, para hacer su limpieza matutina.



4

Los guerreros, hermano, los guerreros cruzan países y climas con el rostro ensangrentado y polvoso y el rígido ademán que los precipita a la muerte. Los guerreros esperados por años y cuya cabalgata furiosa nos arroja a la medianoche del lecho, para divisar a lo lejos el brillo de sus arreos que se pierde allá, más abajo de las estrellas.

Los guerreros, hermano, los guerreros del sueño que te dije.

5

El zumbido de una charla de hombres que descansaban sobre los bultos de café y mercancías, su poderosa risa al evocar mujeres poseídas hace años, el recuento minucioso y pausado de extraños accidentes y crímenes memorables, el torpe silencio que se extendía sobre las voces, como un tapete gris de hastío, como un manoseado territorio de aventura... todo ello fue causa de una vigilia inolvidable.

6

La hiel de los terneros que macula los blancos tendones palpitantes del alba.

7

Un hidroavión de juguete tallado en blanda y pálida madera sin peso, baja por el ancho río de corriente tranquila, barrota. Ni se mece siquiera, conservando esa gracia blanca y sólida que adquieren los aviones al llegar a las grandes selvas tropicales. Qué vasto silencio impone su terso navegar sin



estela. Va sin miedo a morir entre la marejada rencorosa de un océano de aguas frías y violentas.

8

Me refiero a los ataúdes, a su penetrante aroma de pino verde trabajado con prisa, a su carga de esencias en blanda y lechosa descomposición, a los estampidos de la madera fresca que sorprenden la noche de las bóvedas como disparos de cazador ebrio.

9

Cuando el trapiche se detiene y queda únicamente el espeso borboteo de la miel en los fondos, un grillo lanza su chillido desde los pozuelos de agrio guarapo espumoso. Así termina la pesadilla de una siesta sofocante, herida de extraños y urgentes deseos despertados por el calor que rebota sobre el dombo verde y brillante de los cafetales.

10

Afuera, al vasto mar lo mece el vuelo de un pájaro dormido en la hueca inmensidad del aire.

Un ave de alas recortadas y seguras, oscuras y augurales,
el pico cerrado y firme, cuenta los años que vienen como una gris marea pegajosa y violenta.



11

Por encima de la roja nube que se cierne sobre la ciudad nocturna, por encima del afanoso ruido de quienes buscan su lecho, pasa un pueblo de bestias libres en vuelo silencioso y fácil.

En sus rosadas gargantas reposa el grito definitivo y certero. El silencio ciego de los que descansan sube hasta tan alto.

12

Hay que sorprender la reposada energía de los grandes ríos de aguas pardas que reparten su elemento en las cenagosas extensiones de la selva, en donde se crían los peces más voraces y las más blandas y mansas serpientes. Allí se desnuda un pueblo de altas hembras de espalda sedosa y dientes separados y firmes con los cuales muerden la dura roca del día.



EL HÚSAR

A Casimiro Eiger.

I

En las ciudades que conocen su nombre y el felpudo galope de su caballo

lo llaman arcángel de los trenes,
sostenedor de escaños en los parques,
furia de los sauces.

Rompe la niebla de su poder -la espesa bruma de su fama de hombre rabioso y rico en deseos- el filo de su sable comido de orín y soledad, de su sable sin brillo y humillado en los zaguanes.

Los dorados adornos de su dolmán rojo cadmio, alegran el polvo del camino por donde transitan carretas y mulos hechizados.

!Oh la gracia fresca de sus espuelas de plata que rasgan la piel centenaria del caballo.

como el pico luminoso de un buitre de sabios ademanes!

Fina sonrisa del húsar que oculta la luna con su pardo morrión y se baña la cara en las acequias.

Brilla su sonrisa en el agua que golpea las piedras del río,
las enormes piedras en donde lloró su madre noches de abandono.

Basta la trama de celestes venas que se evidencia en sus manos y que cerca su profundo ombligo para llenar este canto,
para darle la gota de sabiduría que merece.

Memoria del húsar trenzada en calurosos mediodías cuando la plaza se abandona a una invasión de sol y moscas metálicas.

Gloria del húsar disuelta en alcoholes de interminable aroma.

Fe en su andar cadencioso y grave,

en el ritmo de sus poderosas piernas forradas en paño azul marino.

Sus luchas, sus amores, sus duelos antiguos, sus inefables ojos, el golpe certero de sus enormes guantes,
son el motivo de este poema.



Alabemos hasta el fin de su vida la doctrina que brota de sus labios ungidos por la ciencia de fecundas maldiciones.

II

Los rebaños con los ojos irritados por las continuas lluvias, se refugiaron en bosques de amargas hojas.

La ciudad supo de este viaje y adivinó temerosa las consecuencias que traería un insensato designio del guardián de sus calles y plazas.

En los prostíbulos, las caras de los santos iluminadas con humildes velas de sebo, bailaban entre un humo fétido que invadía los aposentos interiores.

No hay fábula en esto que se narra.

La fábula vino después con su pasión de batalla y el brillo vespertino del acero.

“En la muerte descansaré como en el trono de un monarca milenario”.

Esto escribió con su sable en el polvo de la plaza. Los rebaños borrarón las letras con sus pezuñas, pero ya el grito circulaba por toda la ciudad.

El mar llenó sus botas de algas y verdes fucos,
la arena salinosa oxidó sus espuelas,
el viento de la mañana empapó su rizada cabellera con la espuma recogida en la extensión del océano.

Solitario,

esperaba el paso de los que derrumbarían su fe,
el tiempo bárbaro en que su gloria había de comentarse en los hoteles.

Entre la lluvia se destacaría su silueta y las brillantes hojas de los plátanos se iluminan con la hoguera que consume su historia.

El templado parche de los tambores arroja la perla que prolonga su ruido en las cañadas y en el alto y vasto cielo de los campos.

Todo esto -su espera en el mar, la profecía de su prestigio y el fin de su generoso destino- sucedió antes de la feria.

Una mujer desnuda, enloqueció a los mercaderes...

Este será el motivo de otro relato. Un relato de las Tierras Bajas.



III

Bajo la verde y nutrida cúpula de un cafeto y sobre el húmedo piso acolchado de insectos, supo de las delicias de un amor brindado por una mujer de las Tierras Bajas.

Una lavandera a quien amó después en amargo silencio, cuando ya había olvidado su nombre.

Sentado en las graderías del museo, con el morrión entre las piernas, bajó hasta sus entrañas la angustia de las horas perdidas y con súbito ademán rechazó aquel recuerdo que quería conservar intacto para las horas de prueba.

Para las difíciles horas que agotan con la espera de un tiempo que restituya el hollín de la refriega.

Entretanto era menester custodiar la reputación de las reinas.

Un enorme cangrejo salió de la fuente para predicar una doctrina de piedad hacia las mujeres que orinaron sobre su caparazón charolado. Nadie le prestó atención y los muchachos del pueblo lo crucificaron por la tarde en la puerta de una taberna.

El castigo no se hizo esperar y en el remolino de miseria que barrió con todo, el húsar se confundió con el nombre de los pueblos, los árboles y las canciones que habían alabado el sacrificio.

Difícil se hace seguir sus huellas y únicamente en algunas estaciones suburbanas se conserva indeleble su recuerdo:

la fina piel de nutria que lo resguardaba de la escarcha en la víspera de las grandes batallas

y el humillado golpe de sus tacones en el enlosado de viejas catedrales.

¡Cantemos la Corona de Hierro que oprime sus sienes y el ungüento que corre por sus caderas para siempre inmóviles!



IV

Vino la plaga.
Sus arreos fueron hallados en la pieza de una posada.
Más adelante, a la orilla de una carretera, estaba el morrión comido por las hormigas.

Después se descubrieron más rastros de sus pasos :

Arlequines de tiza y siempreviva.

Ojos rapaces y pálida garganta.

El mosto del centenario vino que se encharca en las bodegas.

El poderío de su brazo y su sombra de bronce.

El vitral que relata sus amores y rememora su última batalla, se oscurece día a día con el humo de las lámparas que alimenta un aceite maligno.

Como el grito de una sirena que anuncia a los barcos un cardumen de peces escarlata, así el lamento de la que más lo amara,

la que dejó su casa a cambio de dormir con su sable bajo la almohada y besar su tenso vientre de soldado.

Como se extienden o aflojan las velas de un navío,
como el amanecer despega la niebla que cobija los aeródromos, como la travesía de un hombre descalzo por entre un bosque en silencio, así se difundió la noticia de su muerte,

el dolor de sus heridas abiertas al sol de la tarde, sin pestilencia, pero con la notoria máscara de un espontáneo desleimiento.

Y no cabe la verdad en esto que se relata. No queda en las palabras todo el ebrio tumbo de su vida, el paso sonoro de sus mejores días que motivaron el canto, su figura ejemplar, sus pecados como valiosas monedas, sus armas eficaces y hermosas.



LAS BATALLAS.

Cese ya el elogio y el recuerdo de sus virtudes y el canto de sus hechos. Lejana la época de su dominio, perdidos los años que pasaron sumergidos en el torbellino de su ansiosa belleza, hagamos el último intento de reconstruir sus batallas, para jamás volver a ocuparnos de él, para disolver su recuerdo como la tinta del pulpo en el vasto océano tranquilo.

1

La decisión de vencer lo lleva sereno en medio de sus enemigos, que huyen como ratas al sol y antes de perderse para siempre vuelven la cabeza para admirar esa figura que se yergue en su oscuro y de cuya boca salen las palabras más obscenas y antiguas.

2

Huyó a la molicie de las Tierras Bajas. Hacia las hondas cañadas de agua verde, lenta con el peso de las hojas de carboneros y cámbulos -negra sustancia fermentada. Allí tendido, se dejó crecer la barba y padeció fuertes calambres de tanto comer frutas verdes y soñar incómodos deseos.

3

Un mostrador de zinc gastado y húmedo retrató su rostro ebrio y descompuesto. La revuelta cabeza de cabellos sucios de barro y sangre golpeó varias veces las desconchadas paredes de la estancia hasta



descansar, por una corta noche, en el regazo de una paciente y olvidada mujerzuela.

4

El nombre de los navíos, la humedad de las minas, el viento de los páramos, la sequedad de la madera, la sombra gris en la piedra de afilar, la tortura de los insectos aprisionados en los vagones por reparar, el hastío de las horas anteriores al mediodía cuando aún no se sabe qué sabor intenso prepara la tarde, en fin, todas las materias que lo llevaron a olvidar a los hombres, a desconfiar de las bestias y a entregarse por entero a mujeres de ademanes amorosos y piernas de anamita; todos estos elementos lo vencieron definitivamente, lo sepultaron en la gruesa marea de poderes ajenos a su estirpe maravillosa y enérgica.



TRILOGIA
DE LA CIUDAD.

¿Quién ve a la entrada de la ciudad
la sangre vertida por antiguos guerreros ?
¿Quién oye al golpe de las armas
y el chapoteo nocturno de las bestias ?
¿Quién guía la columna de humo y dolor
que dejan las batallas al caer la tarde ? Ni el más miserable, ni el vicioso
ni el más débil y olvidado de los habitantes
recuerda algo de esta historia.
Hoy, cuando el amanecer crece en los parques
el olor de los pinos recién cortados,
ese aroma resinoso y brillante
como el recuerdo vago de una hembra magnífica
como el dolor de una bestia indefensa,
hoy, la ciudad se entrega de lleno
a su niebla sucia y a sus ruidos cotidianos.
Y sin embargo el mito está presente,
subsiste en los rincones donde los mendigos
inventan una temblorosa cadena de placer,
en los altares que muerde la polilla
y cubre el polvo con manso y terso olvido,
en las puertas que se abren de repente
para mostrar al sol un opulento torso
de mujer que despierta entre naranjos
-blanda fruta muerta, aire vano de alcoba-.
En la paz del mediodía, en las horas del alba,
en los trenes soñolientos cargados de animales
que lloran la ausencia de sus crías,
allí está el mito perdido, irrescatable, estéril.



DEL CAMPO

Al paso de los ladrones nocturnos
oponen la invasión de grandes olas de temperatura.
Al golpe de las barcas en el muelle,
la pavorosa de un lejano sonido de corneta.
A la tibia luz del mediodía que levanta vaho en
los patios
el grito sonoro de las aves que se debaten en sus jaulas.
A la sombra acogedora de los cafetales
el murmullo de los anzuelos en el fondo del río turbulento.
Nada cambia esa serena batalla de los elementos mientras el tiempo
devora la carne de los hombres y los acerca miserablemente a la muerte
como bestias ebrias.
Si el río crece y arranca los árboles
y los hace viajar majestuosamente por su lomo,
si en el trapiche el fogonero copula con su mujer mientras la miel
borbotea como un oro vegetal y magnífico,
si con un gran alarido pueden los mineros
parar la carrera del viento,
si estas y otras tantas cosas suceden por encima de las palabras,
por encima de la pobre piel que cubre el poema,
si toda una vida puede sostenerse con tan vagos elementos,
¿qué afán nos empuja a decirlo, a gritarlo vanamente ?
¿en dónde está el secreto de esta lucha estéril que nos agota y lleva
mansamente a la tumba ?

DE LAS MONTAÑAS



Una serpiente de luz se despereza y salta y remonta las cascadas con su verde brillo de mediodía pleno y transparente.

Un inmenso caballo se encabrita en el cielo y tapa de pronto el sol. La sombra recorre vertiginosamente la tierra y opaca las carreteras por donde transitan camiones cargados de café y especias y lanas y animales.

Torna la luz con renovadas energías y el reptil comienza su ascensión por aguas privilegiadas. La voz de los hombres, sus mezquinos deseos y las más oscuras habitaciones, participan generosamente de la opulenta claridad.

La sombra no tiene ya más refugio que las solitarias graderías de los estadios o las vastas salas de los hospitales de caridad o el torpe gesto de los inválidos.

Un pájaro que viene de lo más alto del cielo es el primer mensajero de la desesperanza. Un ojo gigantesco se abre para vigilar el paso de los hombres y ya la luz no es sino un manto obediente que esconde la miseria de las cosas.

En los patios se encienden hogueras con hojas secas y grises desperdicios.

El humo reparte en la tierra un olor a hombre vencido y taciturno que seca con su muerte la gracia luminosa de las aguas que vienen de lo más oscuro de las montañas.

NOCTURNO



Esta noche ha vuelto la lluvia sobre los cafetales.
Sobre las hojas de plátano,
sobre las altas ramas de los cámbulos,
ha vuelto a llover esta noche un agua persistente y vastísima
que crece las acequias y comienza a henchir los ríos
que gimen con su nocturna carga de lodos vegetales.
La lluvia sobre el zinc de los tejados
canta su presencia y me aleja del sueño
hasta dejarme en un crecer de las aguas sin sosiego,
en la noche fresquísima que chorrea
por entre la bóveda de los cafetos
y escurre por el enfermo tronco de los balsos gigantes.
Ahora, de repente, en mitad de la noche
ha regresado la lluvia sobre los cafetales
y entre el vocerío vegetal de las aguas
me llega la intacta materia de otros días
salvada del ajeno trabajo de los años.



CITA

In memoriam J.G.D.

Bien sea a la orilla del río que baja de la cordillera/ golpeando sus aguas
contra troncos y metales dormidos, /en el primer puente que se confunde con
el de las aguas; /allí, bajo la plancha de cemento,
con sus telarañas y sus grietas
donde moran grandes insectos y duermen los murciélagos ;
allí, junto a la fresca espuma que salta contra las piedras ;
allí bien pudiera ser.

O tal vez en un cuarto de hotel,
en una ciudad a donde acuden los tratantes de ganado,
los comerciantes en mieles, los tostadores de café.

A la hora de mayor bullicio en las calles,
cuando se encienden las primeras luces
y se abren los burdeles
y de las cantinas sube la algarabía de los tocadiscos,
el chocar de los vasos y el golpe de las bolas de billar ;

a esa hora convendría la cita
y tampoco habría esta vez incómodos testigos,
ni gentes de nuestro trato,
ni nada distinto de lo que antes te dije:
una pieza de hotel, con su aroma a jabón barato
y su cama manchada por la cópula urbana
de los ahítos hacendados.

O quizá en el hangar abandonado en la selva,
a donde arrimaban los hidroaviones para dejar el correo.
Hay allí un cierto sosiego, un gótico recogimiento
bajo la estructura de vigas metálicas
invadidas por el óxido
y teñidas por un polen color naranja.
Afuera, el lento desorden de la selva,
su espeso aliento recorrido



de pronto por la gritería de los monos
y las bandadas de aves grasientas y rijosas.
Adentro, un aire suave poblado de líquenes
listado por el tañido de las láminas.
También allí la soledad necesaria,
el indispensable desamparo, el acre albedrío.
Otros lugares habría y muy diversas circunstancias ;
pero al cabo es en nosotros
donde sucede el encuentro
y de nada sirve prepararlo ni esperarlo.
La muerte bienvenida nos exime de toda vana sorpresa.



SEÑAL

Van a cerrar el parque.
En los estanques
nacen de pronto amplias cavernas
en donde un tenue palpitar de hojas
denuncia los árboles en sombra.
Una sangre débil de consistencia,
una savia rosácea,
se ha vertido sin descanso
en ciertos rincones del bosque,
sobre ciertos bancos.
Van a cerrar el parque
y la infancia de días impasibles y asoleados,
se perderá para siempre en la irrescatable tiniebla.
He alzado un brazo para impedirlo ;
ahora, más tarde, cuando ya nada puede hacerse.
Intento llamar y una gasa funeral
me ahoga todo sonido
no dejando otra vida
que esta de cada día
usada y ajena
a la tensa vigilia de otros años.



EXILIO

Voz de exilio, voz de pozo cegado,
voz huérfana, gran voz que se levanta
como hierba furiosa o pezuña de bestia,
voz sorda del exilio,
hoy ha brotado como una espesa sangre
reclamando mansamente su lugar
en algún sitio del mundo.
Hoy ha llamado en mí
el griterío de las aves que pasan en verde algarabía
sobre los cafetales, sobre las ceremoniosas hojas del banano,
sobre las heladas espumas que bajan de los páramos,
golpeando y sonando
y arrastrando consigo la pulpa del café
y las densas flores de los cámbulos.

Hoy, algo se ha detenido dentro de mí,
un espeso remanso hace girar,
de pronto, lenta, dulcemente,
rescatados en la superficie agitada de sus aguas,
ciertos días, ciertas horas del pasado,
a los que se aferra furiosamente
la materia más secreta y eficaz de mi vida.
Flotan ahora como troncos de tierno balso,
en serena evidencia de fieles testigos
y a ellos me acojo en este largo presente de exilado.
En el café, en casa de amigos, tornan con dolor desteñido
Teruel, Jarama, Madrid, Irún, Somosierra, Valencia
y luego Perpignan, Argelés, Dakar, Marsella.
A su rabia me uno, a su miseria
y olvido así quién soy, de dónde vengo
hasta cuando una noche



comienza el golpeteo de la lluvia
y corre el agua por las calles en silencio
y un olor húmedo y cierto
me regresa a las grandes noches del Tolima
en donde un vasto desorden de aguas
grita hasta el alba su vocerío vegetal ;
su destronado poder, entre las ramas del sombrío,
chorrea aún en la mañana
acallando el borboteo espeso de la miel
en los pulidos calderos de cobre.

Y es entonces cuando peso mi exilio
y mido la irrescatable soledad de lo perdido
por lo que de anticipada muerte me corresponde
en cada hora, en cada día de ausencia
que lleno con asuntos y con seres
cuya extranjera condición me empuja
hacia la cal definitiva
de un sueño que roerá sus propias vestiduras,
hechas de una corteza de materias
desterradas por los años y el olvido.

POESIA DE MUTIS



Por Fernando Charry Lara.

Con el título de "Los elementos del desastre" apareció, en 1953, el segundo volumen de Alvaro Mutis, que ahora se reimprime seguido de otros poemas. Inicialmente había publicado en 1948, hacia sus veinticinco años, un breve cuaderno en compañía de Carlos Patiño : la Balanza. Patiño, iba a entregarse luego a estudios de lenguaje. Mutis intuyó desde un comienzo que su destino estaría permanentemente ligado a la creación poética y, aunque no son numerosos sus libros de poesía -de 1965 es Los trabajos perdidos y, recientemente, en 1973, se ha recogido toda su obra en la edición barcelonesa de Summa de Maqroll el Gaviero-, sí, constituyen ellos una de las contribuciones más notables, por su calidad, originalidad y virtud estimulante, al desarrollo de la moderna poesía hispanoamericana.

No se añadiría un juicio nuevo si se dijese que la poesía de Mutis está notoriamente gobernada por la riqueza de su imaginación, lo cual no explica del todo, en la generalidad misma con que se expresa, el sentido y proyección que le animan. El mundo de sus fantasmas, el húsar o Maqroll el Gaviero, entre ellos, al tiempo que decididamente se inclina a los poderes de la invención no descarta, de otro lado, un examen de la condición y del destino humanos y una añorante aproximación a la tierra que sirve de fondo a su aventura. La rauda y maravillosa silueta de aquel arcángel de luz y reciedumbre se consume finalmente, en insondable disolución moral y física, en el lodo del trópico y la fermentación de atroces sustancias. Ese otro, el vigía, arrastró mucho sus pesadumbres y sus males, nostálgico y delirante, por las noches de nuestros grandes ríos. La atmósfera de las tierras bajas es en Mutis obsesiva : sus cálidos mediodías en plazas entregadas al bochorno y a los insectos, su naturaleza siempre desmesurada, sus ruidosas lluvias nocturnas oídas y recordadas en la soledad de los aposentos. Los sueños de esta poesía están así íntimamente entrelazados con la visión de un paisaje y de unos hombres que a cada instante son los nuestros.



Algún tiempo después de leer "Los elementos del desastre" se refería Octavio Paz a la impresión que le había causado este volumen y al reconocimiento que en él había logrado de un poeta : "Un poeta de la estirpe más rara en español : rico sin ostentación y sin despilfarro". Escaso linaje que así se le revelaba : "Necesidad de decirlo todo y conciencia de que nada se dice, Amor por la palabra, desesperación ante la palabra, odio a la palabra : extremos del poeta. Gusto del lujo y gusto por lo esencial, pasiones contradictorias pero que no excluyen y a las que todo poeta debe sus mejores poemas". Conforta saber que un poeta, atraído como todos los poetas por la seducción del lenguaje, sea al mismo tiempo capaz, no solo de resistirse a su esplendor, sino de poner en entredicho sus facultades. Ya sobre la inutilidad del esfuerzo poético se nos había advertido en un pasaje de ese libro:

"...si estas otras tantas cosas por encima de las palabras,
por encima de la pobre piel que cubre el poema,
si toda una vida puede sostenerse con tan vagos elementos,
¿qué afán nos empuja a decirlo, a gritarlo vanamente?
¿en dónde está el secreto de esta lucha estéril
que nos agota y lleva mansamente a la tumba?

Desde su obra juvenil se registra en él un goce nunca disimulado por dar a la poesía un rostro alegremente desdeñoso de lo consabido poético. Mutis ha tenido acaso la certeza de que no existe poema, por inmediato a lo real que sea, sino en lo arbitrario de la imaginación. De ahí que se empeñe en rechazar aquello que los prejuicios de la tradición juzgan como enteramente propio, exclusivo y forzoso del poema. La poesía de Mutis no cede a expresarse en fórmulas impuestas por la comodidad o la costumbre. Una sorpresa de fiebre lúcida invade en ella, sucesivamente, al lector.



Varias demostraciones de que Mutis irrumpe en territorios que no pertenecen a lo comúnmente calificado como poético podrían ensayarse. Me parece que la más aparente de todas ellas, por ser al mismo tiempo la más sencilla, nos revela, de inmediato, el intento del poeta. Es entonces el caso de recordar que esta poesía, desde sus iniciales manifestaciones, se ha expresado indistintamente en prosa o en verso, sin establecer diferencia entre una u otro como instrumento de su creación. Ello concuerda además con su predilección por lo narrativo. No pretendo insinuar la originalidad de este procedimiento. Pero, si no original, el abandono del verso y la consecuente insistencia en la prosa, como encarnación de la poesía, implica no sólo un aspecto formal -la rebelión contra moldes que se juzgan limitativos y falsos- sino, aún más, la sospecha de que ellos carecen de la libertad propiciatoria para el desarrollo de una emoción poética movida por fuerzas más secretas, vivas e imprevisibles.

Unas palabras del mismo Mutis confirman esta actitud de recelo ante el verso. Inicialmente, una desconfianza que abarca, incluso, todo lo "literario": "Hay ciertos retratos de Bradbury -dice-, ciertos textos publicitarios, ciertas imágenes del cine, ciertos hechos de nuestra vida diaria contemporánea, que comienzan a parecerme mucho más grande y definitiva poesía. Un recordar el "polvo eres" que supera toda imaginación posible. Pocos poetas contemporáneos me han dado más la experiencia de lo poético como un texto publicitario de una marca de automóvil, sobre la imagen de una interminable carretera de Arizona, que desfila solitaria y vertiginosamente ante nuestros ojos. Este desplazarse de la poesía hacia nuevas zonas y niveles de la cotidiana experiencia, me preocupa cada vez más y cada vez me deja mayores dudas sobre la eficiencia del poema escrito". En seguida su desgano se localiza contra la propia lengua: "Esta sensación de inutilidad tiende a hacerse más aguda y dolorosa si pienso que el poema ha sido escrito en un idioma que comienza a prescribir entre los hombres y que ha servido en los últimos doscientos años a literaturas de tercera zona, a una retórica ñoña y estéril". En conclusión, su creencia en que, en estos años, la fertilidad poética de algunos prosistas hispanoamericanos se contrapone al vacío de los poetas: "De allí una de las razones por las cuales la prosa de Fuentes, de Cortázar, de García Márquez o de Vargas Llosa venga densa de una poesía que abandonó para siempre a los poemas escritos por los contemporáneos de estos novelistas".



Dejando aparte el tono último en lo que aparece de generalizador y de rápido -¿serán acaso los poetas de lengua española los que hoy, en sus lugares de América y Europa, más desmerecen?- es evidente que no sólo las obras de varios prosistas jóvenes de nuestro idioma, sino aún algunas manifestaciones de otras artes y técnicas han llegado a ser capaces de producir, en nuestro tiempo, una mayor sensación poética de la que nos brinda gran parte de una poesía obediente a la forma tradicional, agotada entre sílabas de cansancio, adocenamiento y frustración. Hasta ha sido posible suponer que esa "forma" de la poesía, juzgada antes como imprescindible y única, pueda estar en camino de desaparecer. La multiplicación y el predominio de las imágenes visuales amenazan la exclusividad que el lenguaje oral, y luego el escrito, han alcanzado a mantener sobre lo poético. Estas y otras cosas se mencionan y repiten. Digámoslo, sin embargo, de una vez: la poesía, quiérase o no, continuará inseparable de la palabra.

En la palabra de Alvaro Mutis, precisamente, hay algo oculto que constituye el origen mismo de la germinación poética. Otros poetas pueden tener una expresión en la que se reconocen fáciles virtudes, como la sola esbeltez, o valederas siempre, como su pureza o incandescencia. Existe en Mutis una rara condición verbal. En sus poemas se reconoce un trabajo secreto por descubrir la esencial función delatadora del lenguaje. A veces sombría, otras relampagueante, directa en la intención y abriéndose paso hacia adentro, el habla obedece, incisiva, a la urgencia de esclarecimiento del mundo amargo y fantástico que obsesiona a este poeta.

El sabor del exilio se reitera, con refrenada nostalgia, en muchos instantes de su poesía. La ansiedad, la destrucción incesante del tiempo y la justificación de la propia vida invaden esta distancia. Desde 1956 vive Alvaro Mutis lejos de Colombia. Al evocarla en algunos de sus nombres nos ayuda a redescubrirla: la experiencia poética es la revelación de nuestras más concretas raíces olvidadas. Las natales regiones desfilan permanentemente, renovándole dureza y melancolía, cuando entre la tempestad y el follaje de una noche brota violenta la remembranza:



Esta noche ha vuelto la lluvia sobre los cafetales.
Sobre las hojas de plátano,
sobre las altas ramas de los cámbulos,
ha vuelto a llover esta noche un agua persistente y vastísima
que crece las acequias y comienza a henchir los ríos
que gimen con su nocturna carga de lodos vegetales.
La lluvia sobre el zinc de los tejados
canta su presencia y me aleja del sueño
hasta dejarme en un crecer de las aguas sin sosiego,
en la noche fresquísima que chorrea
por entre la bóveda de los cafetos
y escurre por el enfermo tronco de los balsos gigantes.
Ahora, de repente, en mitad de la noche
ha regresado la lluvia sobre los cafetales
y entre el vocerío vegetal de las aguas
me llega la intacta materia de otros días
salvada del ajeno trabajo de los años.

*

Sería de esperar, debe decirse, que la edición de Summa de Maqroll el Gaviero, que recoge la poesía publicada por Alvaro Mutis a lo largo de veinticinco años, permita no sólo el conocimiento de una obra admirable por muchos aspectos, sino también, junta en volumen, la observación en ella, por parte del lector atento, de una modernidad que desde un comienzo la emparentó con algunas creaciones poéticas, acaso las más valiosas de nuestra época, en las que la interrogación sobre su propio destino constituye la razón misma de su existencia.

A pesar o tal vez a causa del impulso de su imaginación, la poesía de Mutis no ha dejado de preguntarse, en efecto, cómo podría ser escrita, para quienes y con qué vocablos, formas e imágenes. Recelosa de sus dones, ha preferido ir en busca de la perdida virtud original del lenguaje. Sus largos silencios dan testimonio, no de mudez, sino de las exigencias que formula al poema y de las vacilaciones acerca de su eficacia posible. Otros poetas, sabemos, suelen estar complacidos y seguros de lo que dicen. Nuestra predilección sabrá inclinarse de todos modos por quienes, como Mutis,



intentan en cambio luchar contra la insuficiencia y la vacuidad resonante de las palabras.

“No hay en toda la poesía colombiana un conjunto tan ambicioso, tan rico y tan personal”, dice el comienzo del inquietante ensayo de Juan Gustavo Cobo con que se abren las páginas de la Summa. Audacia, fertilidad e individualidad de la poesía de Mutis, cuyas más sobresalientes calidades quisiéramos difícilmente resumir. Explotación y conciencia del lenguaje, hemos dicho ; al mismo tiempo, configuración, dentro del poema, de un modo alucinado y de unos seres ya vueltos mito. Estos elementos, que raramente se presentan, hacen que pueda hablarse de ella como de una de las muestras de mayor originalidad en la poesía hispanoamericana contemporánea. De ahí este mínimo homenaje al poeta y a su obra.

Fernando Charry Lara. (1975).

